

CEREMONIA ENTREGA DE RECONOCIMIENTO A INVESTIGADORAS EMÉRITAS EN EL CIESAS

Casa Chata, jueves 18 diciembre

Virginia García Acosta

Mis breves palabras del día de hoy he querido centrarlas en agradecimientos.

Ha sido un honor y un privilegio haber pertenecido a la comunidad desde que era el CISINAH, el Centro de Investigaciones Superiores del INAH.

Este año cumpla 50 años de antigüedad en esta querida institución, a la que entré como becaria siendo una pasante de licenciatura, con 20 años de edad. Y aquí me hice profesionalmente, combinando la historia y la antropología como me enseñaran mis maestros, a la par de convertirme en esposa, madre de dos hijos y abuela de casi tres nietos.

El CIESAS fue mi gran escuela y a la vez mi lugar de proyección hacia afuera.

Un centro de excelencia que nació, en buena parte, para atender temas que le tocaban a la antropología y requerían de su mirada. Tuvo una infancia muy prometedora, evolucionando año con año, una pubertad algo accidentada por los intentos de cerrar la institución ante la incomprensión de cuál era su función y sus alcances, tropezón del que se levantó con fuerza para alcanzar una madurez diversa, original, creativa y rica, con oferta de posgrados distribuidos en el país y sus Unidades Regionales, verdaderos campus especializados en los temas de la región que las circunda, sin limitarse a ello. Y que ahora en su etapa de madurez, ya adulta, parece estar de nuevo amenazada para su continuidad en la labor emprendida, probada y comprobada por sus logros. En esta edad adulta

que ha alcanzado el CIESAS con sus 52 años cumplidos, los profesores-investigadores que estamos desde sus inicios empezamos a cerrar ciclos, en buena parte para dejar espacio a las nuevas generaciones que vienen a enriquecer con sus conocimientos y su formación diversa, original y actualizada la base sólida que ya tiene nuestra institución, pero que deberá seguir evolucionado conforme avanza el conocimiento científico que hemos desplegado de manera excepcional y, me atrevo a decir, única, no sólo en México sino allende sus fronteras.

Inicio mi jubilación en enero del próximo año justo con ese propósito: dejar espacio a las nuevas generaciones, aunque seguiré con mis actividades académicas que tengo ya planeadas y comprometidas para los siguientes años.

Me voy del CIESAS, pero me quedo. Ya no estaré en la nómina, pero en mi carácter de profesora-investigadora emérita jubilada, continuaré siendo parte de la institución mientras ésta me requiera.

Esa nueva adscripción de emérita-jubilada, que estoy inaugurando en el CIESAS ha sido posible gracias al apoyo de los seis investigadores de la institución y los tres investigadores externos a ella, que me honraron con sus cartas elocuentes y bellas. Los menciono ahora para agradecerles de nuevo. Se trata de cuatro internos que, por sus logros y su trabajo de calidad y continuado, son ya eméritos del CIESAS, me refiero a Jorge Alonso (el Doc), Alberto Aziz, Elena Azaola y Guillermo de la Peña. Los otros dos profesores-investigadores internos, mi maestro desde siempre Andrés Fábregas y mi discípula ahora brillante colega América Molina. Los académico externos que me apuntalaron este reconocimiento fueron José Ramón Cossío, ministro, abogado e historiador

con quien mantengo y mantendré un diálogo jurídico-antropológico sobre el tema de desastres que ha sido muy enriquecedor; Javier Garciadiego, historiador por excelencia, ahora mi director en la Academia Mexicana de la Historia, y Gerardo Suárez Reynoso, sismólogo emérito de la UNAM, cuyas enseñanzas me permitieron entender ese otro mundo de las ciencias físicas, indispensable en mis estudios sobre sismos y sismicidad histórica.

Agradezco también al Comité Externo de Evaluación del CIESAS, que recomendó mi nombramiento y al Consejo Técnico Consultivo institucional que lo aprobó.

No puedo cerrar esta breve intervención sin mencionar que esa diversidad y excelencia que distinguen al CIESAS, se manifiesta en el trabajo desarrollado por quienes, ahora eméritas, están ahora aquí para celebrar tal distinción. Teresa Carbó, lingüista y Daniela Spenser, historiadora. Es un honor ser integrante de esta triada, y participar con ellas en esta ceremonia, teniendo como recinto a nuestra emblemática Casa Chata, que fue donde todo esto empezó.

Gracias a todos ustedes por estar aquí, presencial y virtualmente, particularmente a mi querida familia, que siempre siempre ha sido mi sostén incondicional.